



Mateo Osvaldo Juan

“Estudiar es un sacrificio al que hay que unirle la costumbre de ser recto”

Por *Maríel S. Palomeque*

Su desempeño en distintos yacimientos de nuestro país hizo que tuviera que trasladarse a Houston, donde reside actualmente, pero sus mejores recuerdos permanecen en la Argentina. Supo contagiar a sus hijos el interés por la ingeniería y hoy comparte sus actividades y la felicidad que brindan los nietos con Élida, su esposa desde hace cincuenta años. El ingeniero Juan es un viajero por herencia, y quienes lo conocen saben además de su solidaridad y compromiso a la hora de ayudar a los colegas que lo consultan.

Es hijo de españoles. Sus dos padres nacieron en el mismo pueblo de las islas Baleares (Ciudadela-Menorca), pero el destino quiso que se conocieran en Córdoba, ya viviendo ambos en la Argentina. Mateo Osvaldo Juan nació y estudió allí, en la capital cordobesa, y siempre quiso ser ingeniero. Recuerda que teniendo apenas siete años su abuelo le preguntó si quería ser bachiller, le sonó tan rara esa palabra que le contestó que no, pero, a medida que pasó el tiempo, descubrió que quería ser bachiller y también universitario. Se recibió de ingeniero civil en el año 1956. Buscó trabajo al instante y encontró un aviso en el diario en el que YPF pedía ingenieros para hacer el curso de petróleo, motivo que lo llevó a viajar a Buenos Aires. Así comienza una historia de vida que, por herencia, está marcada por los viajes y la búsqueda de nuevos horizontes.

Ya en Buenos Aires, Juan fue recibido por el Ing. Peters y en 1957 finalizó el curso de especialización en el Instituto del Petróleo. Allí conoció a personas que aún hoy son sus amigos, entre ellos el Ing. Rocchi. A partir de ese momento, y durante 25 años ininterrumpidos, dedicó su desarrollo profesional a YPF. Durante su vida de estudiante conoció a Elida, con quien se casó al finalizar el curso de petróleo, el 25 de mayo de 1957, e inició entonces su luna de miel en viaje a Aguaray (Salta), su primer destino petrolero.

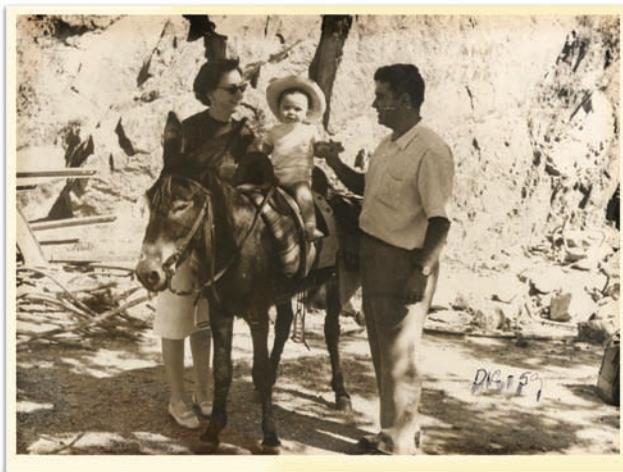
“Fui destinado al Yacimiento del Norte donde me desempeñé como ingeniero de producción. Permanecí 10 años y llegué a ser ingeniero principal”, resume. Sus funciones en este yacimiento le permitieron viajar durante siete meses al Instituto del Petróleo de Francia, en París, para realizar una especialización en producción de yacimientos de condensado.

La mayor parte de sus años transcurrieron en el Norte. Aclara que era un yacimiento muy profundo, “tardábamos hasta 1 año en perforar un pozo, cuando en otras zonas se perforaban pozos en un mes. Había que llegar hasta cuatro mil metros de profundidad. Lo que más me impresionó de mi trabajo profesional en el Yacimiento Norte fue la surgencia de los pozos, algo deslumbrante... los ruidos tremendos que había cuando surgía el gas y había que prenderle fuego, porque si no era peligroso por el ambiente de gas en la atmósfera. Se hacía una llamarada impresionante”. Durante sus visitas a otros yacimientos se encontró con que todo era minúsculo comparado con el Norte, no podía ver la potencia real de la naturaleza.

Entre sus anécdotas de la vida en los pozos, narra una que le parece cómica: “Una vez un primo de mi señora fue conmigo de visita a un pozo a ver las surgencias. Allí había mucha gente de seguridad tratando de que no hubiera fuego por ningún lado... él era fumador, y se le ocurrió pedir fuego a quienes estaban allí. ¡Por suerte le pidió a uno de seguridad! Nunca me voy a olvidar de las caras de la gente mirándolo y de su risa cuando se dio cuenta del error”.

Posteriormente fue trasladado a Plaza Huincul como ingeniero principal. Permaneció tres años en ese lugar en el que la actividad era intensa. Durante el desempeño de sus funciones, de las que se siente muy satisfecho, se descubrieron yacimientos importantes, entre ellos Puerto Hernández, y hubo desarrollos en las zonas de Catriel y Rincón del Sauce.

Luego, en 1971, fue enviado a Cañadón Seco para reemplazar al Ing. Nells León, quien más tarde llegó a ser



De vacaciones en Córdoba, con su esposa y su hijo Roberto

presidente de YPF. El destino quiso que se desarrollara como subadministrador, cargo que dependía directamente del administrador de Comodoro Rivadavia, que en ese momento era su amigo Rocchi. En 1973 fue trasladado al yacimiento de Mendoza con el cargo de administrador, donde solamente permaneció un año, hasta que se produjo una vacante en Houston, Texas, en la oficina de compras. “Me ofrecieron el puesto y acepté con todo gusto, porque los problemas gremiales que me habían tocado afrontar en aquellos años hicieron que no me sintiera cómodo trabajando en el país. Me quisieron imponer a personas en distintos puestos, pero a la gente la elegía yo



Sus hijos Roberto, Eugenio, Sergio y María Adela



El Ingeniero Novillo pone a Juan en posesión de la administración de Mendoza

y no quise dar el brazo a torcer, y por eso tuve que dejar el país”, cuenta y añade que, de alguna manera, “fue un exilio y una anécdota amarga, que implicó mucho esfuerzo para mi familia, pero lo afrontamos juntos y con el tiempo entendimos que fue una buena decisión”.

Juan llegó a Houston en febrero de 1975, en donde se instaló con su familia por un año y medio y luego volvió a Buenos Aires para desempeñarse como gerente de Producción, siempre dentro de la misma compañía. Casi dos años más tarde, en 1978, se produjo una vez más la vacante en Houston del puesto que había desempeñado y pidió volver. Desde entonces y hasta hoy permanece en Estados Unidos. Allí estuvo a cargo de la oficina de YPF en dos o tres oportunidades, incluso jubilado ejerció el cargo entre los años 1984 a 1985 y desde 1990 a 1997. Finalmente él mismo cerró la sucursal por un reordenamiento empresarial, ya que otra empresa se iba a hacer cargo de la compañía. Así llegaron los cambios producidos a causa de la adquisición de YPF por parte del grupo Repsol. Una vez retirado, en diciembre de 1981, trabajó como consultor en Houston creando su propia compañía: Gas and Oil Technology, que se inició en 1982 y que aún hoy existe.

Los mejores recuerdos que guarda el ingeniero Juan pertenecen a los primeros años de su profesión, que fueron también los primeros años de casado y la llegada de sus hijos. Fue papá de tres varones que nacieron en el Norte, a



El Ingeniero Landoni dando consejos al Ingeniero Juan

quienes pudo contagiarles su interés por la ingeniería, y de una mujer que nació en Plaza Huincul y que es asistente médica. El ingeniero vive hoy otra etapa de felicidad: la llegada de sus nietos, que están repartidos entre Houston y Guatemala. “Sólo uno de mis hijos, que realizó el curso de petróleo, permanece en la Argentina. De los otros dos varones, uno vive en Houston y otro está en Guatemala; mi hija vive en Houston”, explica y confirma de esta manera el destino itinerante de su apellido.

Vuelve a la Argentina una vez por año para visitar a sus parientes. Extraña al país, pero lo recuerda comparándolo con “quien ha tenido una primera novia y que, después de no verla por un tiempo, la echa de menos, pero cuando la vuelve a ver resulta que no es tan linda como uno la imaginaba. Le encuentro muchos defectos, hay muchas cosas que no funcionan”.



Durante sus visitas a nuestro país se hospeda en Carlos Paz, porque lo considera un lugar muy bonito para descansar como jubilado. Reconoce que a sus ochenta años ya no tiene ganas de trabajar, pero que todavía le gusta ayudar y colaborar con sus hijos y sus colegas.

Actualmente, su día se reparte entre la computadora, a través de la cual busca información y se mantiene al tanto de los sucesos argentinos, y las actividades físicas. Le interesa la política mundial y las novelas de literatura latinoamericana, como García Márquez y Vargas Llosa, pero sobre todo, dedica su tiempo de lectura a las novelas históricas que narran los primeros años coloniales de la Argentina. Élida, su mujer, siempre lo acompaña, tanto para hacer ejercicio como para viajar. Juntos recorrieron muchos países de Europa, Canadá y casi toda América. “Seguimos juntos y seguimos andando”, afirma orgulloso.

Mateo Juan concluye su entrevista para *Petrotecnia* con un consejo que dio a sus hijos hace mucho tiempo, y que hace extensivo: “Durante mi vida llegué a la conclusión de que nunca se debe dejar de estudiar ni de intentar alcanzar el máximo nivel, porque esto abre muchas puertas. No hay que quedarse en medias tintas. Quien se queda en la mitad del camino se estanca, y hay un punto desde el que ya no se sigue avanzando. Estudiar es un sacrificio al que hay que unirle la costumbre de ser recto. Aunque el conocimiento y la rectitud no rindan de forma inmediata, al final del camino dan sus frutos”. ■